

## HISTORIA

## Biblia y traducción (27): «Yo soy Yavé»

Por Juan Gabriel López Guix

«Dios habló a Moisés y le dijo: “Yo soy Yavé”». Este pasaje de Éxodo 6: 2 (Nácar-Colunga), en el que Dios responde por fin claramente a la pregunta que tres capítulos antes le había hecho Moisés en el episodio de la zarza ardiente, permite analizar el curioso fenómeno del nombre de Dios y su traducción. El nombre del Dios de Israel es Yahvé, o más bien las cuatro consonantes YHVH, en el que las vocales deben suponerse recurriendo a tradiciones externas o a analogías gramaticales.

En la tradición judía, impera el precepto de la inefabilidad del nombre divino en cumplimiento del tercer mandamiento del Decálogo. En la liturgia o en el uso cotidiano, las Cuatro Letras (el Tetragrámaton) siempre deben traducirse: en su lugar se utiliza el Señor (heb. *adonay*, «mi señor») o el Nombre (heb. *ha-shem*). Un ejemplo extremo es la traducción de la Biblia de Ferrara (1553), que en el versículo citado ofrece: «y dixo a el yo .A.», donde ni siquiera se utiliza Adonay. En el siglo XX, en la Biblia hebrea traducida por Moisés Katznelson (1996), Dios dice a Moisés: «Yo soy el Eterno».

La versión citada al principio replica con perfección tetragramática el nombre divino (en la primera edición, de 1944, el nombre no llevaba acento). Otras Biblias católicas del siglo XX, como la Bover-Cantera (1947), la Biblia de Jerusalén (1967) y Cantera-Iglesias (1975) añaden dos letras más: «Yo soy Yahveh» (aunque, en la primera edición de la Biblia de Jerusalén, el nombre se acentúa: Yahvéh). La Nueva Biblia Española (1975) y su revisión la Biblia del Peregrino (1993) no contienen en ese versículo el nombre de Dios y traducen: «Yo soy el Señor» (aunque la Nueva Biblia Española añade en nota, Yahvé). Aquí, como las anteriores versiones católicas de Scío de San Miguel (1791) y Torres Amat (1824), el verdadero nombre es sustituido por Señor, que es traducción de *adonay*, que es eufemismo de *yvh*. Así que, de modo curioso, en las traducciones católicas castellanas —a pesar de la mayor laxitud doctrinal en relación con el uso del nombre divino—, encontramos una inestabilidad que no acaba de fijar formalmente el nombre exacto Dios.

La multiplicidad católica desaparece en el ámbito protestante, donde la traducción es unánime: «Yo soy Jehová». En realidad, también aquí el Nombre sigue sin decirse, puesto que la denominación utilizada es una invención. Jehová es un cruce de las consonantes de YHVH y las vocales de Adonay (cuya *a* inicial se transforma *e* tras la *y*). Adonay, a su vez, nace de la práctica masorética, la escuela de doctores judíos que entre los siglos VI y X vocalizó el texto, lo transmitió con gran precisión y anotó junto al Nombre las vocales de la palabra que, por escrupulo religioso, debía leerse en su lugar. Por supuesto, semejante híbrido es totalmente rechazado por la ortodoxia judía, y tampoco tiene predicamento alguno en la tradición católica.

Al parecer, el introductor de ese teónimo en la tradición cristiana fue el apologista dominico Raimundo Martí (Subirats, c. 1230 - Barcelona, c. 1286), que escribió en latín y en hebreo un texto de polémica religiosa muy difundido en la baja Edad Media, el *Pugio fidei adversus mauros et judaeos* [*El puñal de la fe contra moros y judíos*] (1278). En el texto latino aparece, como traducción del hebreo, «Yohoua» y en algunas copias posteriores «Yehoua». La obra fue plagiada siglos más tarde (1518) por Pedro Colonna (o Pedro Galatino), confesor de León X, quien utilizó la forma «Ieohua». A partir de la obra de Galatino y de los intentos vocalizadores de diversos humanistas (como Nicolás de Cusa), la «traducción» Jehová arraigaría en las versiones en vulgar de los textos sagrados realizadas en esos años y, de forma muy especial, en la tradición protestante.

En la actualidad, las versiones interconfesionales abandonan tanto Yahvé como Jehová en beneficio de Señor. Más que un motivo de desconfianza ante el proceso traductor, las diversas posibilidades ofrecidas por todas esas traducciones constituyen un reflejo de la incapacidad estructural de aprehender un original inaprensible. No quedan más opciones que presentar una ficción descarada, oscilar en la indeterminación o rendirse a lo inefable. El resultado final es que, de un modo u otro, seguimos enfrentados al tabú del Nombre.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)